

On-Off

Al llegar al pueblo un joven barbudo acariciaba un perro. Estábamos en algún lugar en la provincia de Córdoba. De allí nos llevaron en camioneta al campamento, un lugar místico, una zona donde el terreno estaba medio hundido y lleno de insectos.

No recuerdo cómo ni por medio de quien se había enterado Eduardo de la existencia de esta comunidad en el monte. Cuando le preguntaron porque una persona vestida de gordo allí, Eduardo explicó que de niño había sufrido complejos con su cuerpo. Ningún problema, en caso de que pagara por anticipado tenía el puesto asegurado.

De los tres (Eduardo, yo, y el Gordo) el Gordo, el alter ego de Eduardo, era el que resultaba más natural en la situación. Se integraba más y mejor con los otros participantes, generaba más simpatía y causaba menos molestias y suspicacias. “Uds. dos tienen problemas con sus padres!”, nos diagnosticaron a nosotros (a Eduardo y a mi). Al Gordo no le dijeron nada.

Mientras tanto el Maestro aprovechaba para vender piedras mágicas, y su ayudante para servir una comida bastante triste. El Maestro también se especializaba en contar chistes verdes. El Gordo, para matar el tiempo fumaba y tiraba piedras, vagaba por los senderos de la finca, abrazaba arboles, no había nada para hacer. El tiempo pasaba lento, o de prisa; no nos dábamos cuenta.

Finalmente una medianoche llegó el momento. Luego de comer el guiso amarillento, el Maestro repartió otra buena cantidad de vino. Subimos en grupo a la planicie y allí nos dispusimos, en círculo, a aplicar toda nuestra receptividad.

Tuvimos paciencia, todos nos aflojamos. Nos mentalizamos y llegaron las naves. Saludamos a los sabios visitantes a esta Tierra que vimos ingresar a través de las puertas del espacio, algunos entraron en trance; comprendimos que la vida estaba entorpecida por la avaricia, la ambición

y todos esos vicios que arruinan a la humanidad.

Al día siguiente nadie mencionó nada porque todos estaban demasiado sensibles y evitaban hablar de más. Nos despacharon fuera de la comunidad... nos encontramos remojando los pies en un arroyo, en silencio por horas, como forma de archivar todo lo anterior o por lo menos de sellarlo para que no se disipe. Allí había moscas zumbando aunque ahora parecían más dóciles que antes. Volvimos a ver al grupo pasar a lo lejos, ellos no nos vieron. Había quedado pendiente una excursión grupal al cerro.

Miguel Mitlag